
RECENSIONES

Ignacio Walker, **SOCIALISMO Y DEMOCRACIA. CHILE Y EUROPA EN PERSPECTIVA COMPARADA**". Santiago: Ediciones Pedagógicas Chilenas, 1990. 251 páginas.

El libro de Ignacio Walker "Socialismo y Democracia. Chile y Europa en Perspectiva Comparada", nos ofrece un campo de estudio y reflexión sobre uno de los temas políticos más importantes del siglo: la naturaleza y desarrollo histórico de una de las dos grandes vertientes del socialismo contemporáneo. Se trata de un trabajo de largo aliento, dotado de un aparato crítico de alto nivel y que cubre la evolución intelectual del *socialismo revisionista* o socialdemocracia, desde sus orígenes hasta nuestros días, y las diversas etapas que ha recorrido su proyección en el ámbito de la práctica política, tanto en Europa como en Chile.

La perspectiva comparada juega un papel importante en este trabajo. En efecto, el análisis del socialismo revisionista aparece en una doble clave: europea y chilena, sin caer en un mero paralelismo, sino mostrando las similitudes, diferencias y las relaciones de retroalimentación entre ambos fenómenos. El proceso chileno aparece enmarcado intelectualmente en la evolución que sigue el socialismo europeo, pero tiene su propia especificidad. En términos generales, el análisis comparativo nos muestra que nuestra cultura y prácticas políticas encuentran sus fuentes originales en Europa, con períodos de acercamiento y distanciamiento. Por otra parte, el giro particular que los modelos europeos asumen en nuestra realidad constituye un recurso innovativo permanente. En este sentido, los distintos socialismos chilenos han hecho una contribución importante al cuerpo central del socialismo. Y esa contribución —más allá de su valoración— queda plenamente establecida en el libro de Walker.

El punto de partida de la obra que comento es la crisis de la democracia chilena en 1973, pero desde la perspectiva del fracaso del gobierno de D. Salvador Allende y el vasto movimiento que lo llevó al poder. El autor se instala en este evento crucial para retroceder hasta los orígenes próximos (chilenos) y remotos (europeos) del socialismo en nuestro país y hacer el seguimiento de las pistas que desembocan en la caída de Allende. Y, por otra parte, ese mismo punto de partida sirve para avanzar en el tiempo y establecer el recorrido del socialismo desde su crisis hasta su actual renovación. La trayectoria del socialismo chileno se separa de la socialdemocracia europea durante un período importante, pero después de la crisis se produce una convergencia, que hoy día es cada vez más patente.

El libro de Walker, en la primera parte, aborda el tema del socialismo europeo. Se puede decir que su línea argumental principal es el diálogo del socialismo con la democracia.

El primer hilo conductor, para seguir ese diálogo, es la evolución del Partido Social Demócrata (SPD) de Alemania, que hoy día es el heredero de una larga travesía intelectual y práctica que se inicia en el Programa de Erfurt (1891), donde se intenta una armonización entre los pronósticos de Marx sobre el capitalismo y la sociedad burguesa, por una parte, y la propuesta de una vía no revolucionaria para alcanzar las metas de la revolución, por otra parte. Kautsky, el ideólogo de esta tendencia, creía que los fines fundamentales que se proponía la revolución podían realizarse a través de las instituciones políticas vigentes, o sea, del sistema parlamentario.

Las contradicciones entre revolución y procedimientos parlamentarios o instituciones políticas burguesas se hicieron patentes muy bueno. Bernstein se encargó de hacerlas explícitas y llevó las conclusiones del Programa de Erfurt a una confrontación con las tesis de Marx. Las dudas sobre el estatuto científico de los planteos de Marx sobre el futuro del capitalismo y las leyes del determinismo del materialismo histórico, trasladaron las cuestiones fundamentales de la discusión sobre los fines de la revolución al ámbito de las ciencias sociales. Y éstas, a su vez, no parecían permitir esclarecer la existencia o visibilidad de tales fines. Bernstein giró entonces hacia otro horizonte, como muy bien expone Walker en su libro: la realidad del movimiento socialista ("el movimiento lo es todo y el objetivo final del socialismo nada"). Ese movimiento no podía dissociarse de la democracia, que ni siquiera podía ser concebida como un instrumento, sino como la "substancia" del mismo. Establecida esa premisa, Bernstein sacó dos conclusiones. La primera fue la valorización positiva del liberalismo, del cual el socialismo debería verse como una culminación. Y la segunda fue que el SPD debía concentrar su acción en la promoción de las demandas inmediatas de la clase obrera alemana, para lo cual solamente era funcional la segunda parte del Programa de Erfurt. No aquella que se refiere a los fines de la revolución según las predicciones del materialismo histórico, sino éstas, cuyos contenidos definen un programa de acción a favor del proletariado, bajo la forma de un partido socialista democrático y reformista.

Kautsky se encargó de hacer patente la importancia del rompimiento propuesto por Bernstein. Si es falsa la teoría de la plusvalía, el materialismo dialéctico, la lucha de clases, la tesis del proletariado como vanguardia de la revolución, la verdad es que queda muy poco del marxismo. Y así lo advirtió Kautsky, quien logró imponer sus propuestas de compromiso entre los fines revolucionarios y las instituciones burguesas, recluyendo a Bernstein en la heterodoxia "revisionista".

Esta situación que está en la fundación de la socialdemocracia es extremadamente importante. Ella, en efecto, jamás va a cesar de surtir efectos inquietantes para el socialismo alemán y europeo.

Constituye un primer intento para someter al marxismo a un escrutinio de sus aspectos centrales. La discusión así planteada va a proseguir un itinerario muy complejo, y claramente sintetizado por Ignacio Walker, que nos va a conducir a las grandes redefiniciones del SPD en Bad Godesberg, donde se puede decir que la experiencia del nazismo, el consenso social y económico, la prosperidad económica, la enérgica acción de la democracia cristiana liderada por Adenauer, la guerra fría y el anticomunismo y la creación de un régimen parlamentario estable y eficaz, vinieron a concurrir para potenciar el "revisionismo socialista" de Bernstein. En Bad Godesberg quedó sellado el compromiso del socialismo alemán con la democracia pluralista.

En el caso francés, Walker desarrolla su argumentación haciendo una apretada pero substanciosa historia de la relación entre la idea y las instituciones republicanas y el socialismo. En este capítulo, la figura de Jean Jaures adquiere una gran relevancia. En efecto, este autor sostiene que la ampliación de los derechos políticos y sociales consagrados por el régimen republicano constituye hitos de desarrollo democrático, y éstos no pueden sino identificarse con el socialismo. Así, el republicanismo y la democracia perdían el carácter de epifenómeno histórico, simples expresiones políticas del ciclo histórico del capitalismo y la burguesía.

Esa hebra socialdemócrata forma parte del tejido del socialismo francés. Durante un largo período no es predominante, sino más bien recesiva. Se impone el socialismo revolucionario, continuamente emplazado por uno de los partidos comunistas más duros y ortodoxos, como es el francés. Pero, también como en Alemania, termina por imponerse.

En la trama que articula este proceso, según Walker, la defensa del sistema republicano y el régimen político creado por De Gaulle, juegan una función muy importante en el desenlace actual. Nos dice el autor, en "el trasfondo de dicha política de 'defensa republicana' ha existido una verdadera concepción política, a la vez que teórica: aquella según la cual la república y las instituciones democráticas son una conquista popular (y no una concesión de la burguesía) que debe ser preservada, y, en la medida de lo posible, extendida hacia el campo de los derechos económicos y sociales". Y, por otra parte, el régimen presidencial en un esquema de bipolaridad de las fuerzas políticas, indujo a la izquierda a unirse. La unidad fue el paso inmediatamente anterior a la hegemonía del Partido Socialista y los cambios posteriores operados en su plataforma ideológica y programática.

La trilogía europea se cierra con el caso italiano. Aquí, la figura clave alrededor de la cual nuestro autor estudia el giro de la izquierda hacia el socialismo revisionista es Gramsci. Según Walker, hay que atribuir a Gramsci la constatación de que en las sociedades occidentales es imposible realizar una "revolución de tipo bolchevi-

que". Excluida esa opción, el intelectual italiano elaboró su teoría de la "ocupación" cultural de la sociedad civil. La toma del Estado aparece así como descartada, en favor de una política de penetración de la inteligencia de la sociedad civil, para alcanzar a sus instancias de consentimiento y consenso, y así lograr la hegemonía cultural de la revolución. Por otra parte, tanto en Gramsci, como en el proceso político, ejerce una enorme gravitación el "hecho fascista", y la posibilidad siempre abierta de regresiones autoritarias en un cuadro capitalista.

Hay que concordar con Walker: este desplazamiento estratégico influyó notablemente en el ex Partido Comunista Italiano (PCI) y explica su temprano distanciamiento de los centros vitales del comunismo tradicional. Y, por lo mismo, su participación en la vigorización de las posiciones socialdemócratas y reformistas. Hoy día, en el momento en que se publica esta reseña, el cambio de nombre del PCI hace patente los cambios de contenido del discurso de ese movimiento político, y su aproximación a la socialdemocracia bernsteiniana.

La segunda parte de "Socialismo y Democracia" está dedicada al socialismo chileno. El tema se desarrolla en dos fases. Una retrospectiva: desde la crisis del gobierno de Allende hacia atrás, cubriendo el período 1933 a 1973. Y otra contemporánea, cuyo propósito es seguir la evolución del socialismo reformado, desde esa misma crisis hasta nuestros días.

La elección del año 1933 es discutible si se busca una genealogía del socialismo en sus diversas versiones, porque este movimiento surge a fines del XIX. Pero, desde la perspectiva del autor, la fecha está bien elegida. En efecto, en 1932 se produce un golpe militar cuyo objetivo fue la creación de una República Socialista. Este evento, breve pero conmovedor, da sentido a lo que el autor llama "impulso socialista". Después de este ensayo, los líderes de distintos grupos socialistas —y con un claro liderazgo de Marmaduke Grove— fundan el Partido Socialista de Chile. Esta nueva agrupación política, diversa y heterogénea, adopta una Declaración de Principios que incluye la adopción del marxismo como método de interpretación de la realidad y una serie de proposiciones revolucionarias, entre las cuales la tesis de la imposibilidad de una "transformación evolutiva por medio del sistema democrático". Sin embargo, desde el comienzo se asumió una postura práctica política de competencia partidista de tipo democrático. La contradicción entre teoría y práctica era patente, pero servía para mantener un discurso populista y una praxis de partidismo pluralista.

La fisura entre ideología y práctica política es analizada por Walker en todo el período en cuestión. Hay tres puntos relevantes en este recorrido que podrían destacarse. El primero es la constatación del influjo latinoamericano en el socialismo chileno, alejado de sus orígenes y del correlativo proceso europeo. Este influjo es

eminentemente populista. Y de un populismo cuyo principal incentivo es la destrucción de las oligarquías dominantes, y, por lo mismo, ajeno a la cuestión de la democracia y de los regímenes políticos. El segundo punto que llama la atención es el intento de Eugenio González, a fines de los años 40, para encauzar al socialismo por la vía democrática. Walker advierte en el pensamiento de González huellas de Jaures. En este sentido, González viene a adelantarse algunas décadas a la renovación socialista operada en los años ochenta. Y, finalmente, el tercer aspecto es la descripción del proceso de "leninización" del socialismo chileno, que empieza a tener un carácter marcado en 1957 y alcanza su clímax en el gobierno del Presidente Salvador Allende. Walker establece con meridiana claridad el radicalismo revolucionario que termina adaptando el Partido Socialista en el período de la Unidad Popular, y el contraste que ofrecía la política de larga sedimentación del socialismo que proponía el Partido Comunista en la misma época.

La caída de Allende viene a culminar un proceso de creciente profundización de la vía revolucionaria. En Europa, mientras tanto, se estaba recorriendo el camino del acercamiento del socialismo a la democracia pluralista. Leyendo a Walker nos da la impresión de que la experiencia del socialismo chileno durante esta época es un ensayo casi "in extremis" de una ideología cuyas fuentes vitales empezaban a entrar en una fase de decadencia y crisis. Un aspecto central de la tesis de Walker es que el socialismo fue solidario con la "vía Allendista", y que, en consecuencia, el mismo Allende fue víctima del proceso de radicalización de su propio partido.

El último capítulo del libro "Socialismo y Democracia" nos hace un recuento enjundioso y sintético de la renovación socialista chilena, generada en un reentronque con el revisionismo y la socialdemocracia europea. El impacto del autoritarismo, la revalorización de la democracia pluralista, la crisis del populismo latinoamericano y la experiencia del socialismo gobernante en Europa, van hilando este recuento, cuya trama se detiene en los años ochenta.

La experiencia socialista chilena es puesta en la balanza, en comparación con la que experimenta el socialismo europeo. El fracaso de la primera contrasta con los éxitos del socialismo en Europa occidental. El fracaso y el éxito se enuncian a partir de dos factores: estabilidad de las instituciones y "adhesión a dichas instituciones por parte de cuatro partidos de izquierda, de origen marxista, en sociedades occidentales más o menos desarrolladas", nos dice el autor. En definitiva, la izquierda europea y el socialismo chileno se han "socialdemocratizado". Este proceso de cambio o conversión ha pasado por varios cedazos: (1) la falsación de la teoría de Marx acerca de la crisis terminal del capitalismo (en sus distintas lecturas); (2) la experiencia de las dictaduras y los autoritarismos; (3) las transformaciones de los partidos revolucionarios

sometidos al dinamismo propio de la competencia política de la democracia pluralista. Este último aspecto es muy interesante: Walker nos señala que el éxito de la democracia cristiana alemana obligó al SPD a asumir una conducta de competitividad política que influyó en su estructura interna. "Así, nos dice el autor, dejó de aparecer como un partido identificado con una ideología (el marxismo) y una clase particular (el proletariado) a fin de apelar al electorado mismo". Un cuarto factor transformante está dado por la crisis de los "socialismos reales" y el impacto de este hecho en el escenario internacional, que con anterioridad a este fenómeno estaba polarizado en dos modelos políticos, económicos y militares. Un "post-scriptum" desarrolla este tema a la luz de los acontecimientos de 1989.

El libro de Walker está construido sobre la base de una extensa exploración bibliográfica, principalmente anglosajona. Desde un punto de vista rigurosamente académico contiene algunas fallas. No distingue entre fuentes primarias (documentales) y secundarias o de referencia (interpretaciones y reconstrucciones), que son mayoritarias. Una búsqueda de los textos de Kautsky, Bernstein, Jaurès y Gramsci, nos revela una rápida indagación en alguna obra capital e incluso en una selección de textos (Gramsci) de estos autores, pero no en el conjunto de los trabajos de cada uno de ellos. Algo similar acontece, en algunos casos, con los congresos, convenciones y reuniones de los partidos o grupos protagonistas de este trabajo, cuyos resultados y conclusiones parecen recogidos de una bibliografía secundaria y no de sus fuentes (actas y/o publicaciones de sus acuerdos).

Sin embargo, el aparato crítico del libro es excelente y las observaciones que se hacen corresponden a exigencias técnicas que se piden a una publicación primariamente científica, en lo que atañe a la reconstrucción de las ideas. El libro de Ignacio Walker no tiene ese carácter, porque su propósito es mostrarnos la evolución comparada de cuatro experiencias socialistas de nuestro siglo, donde las ideas están inmersas en el desarrollo de un proceso histórico político. Hay que destacar, como un servicio intelectual de inestimable evaluación, la síntesis y el justo y elegante equilibrio entre esas dos cuerdas del tejido argumental que construye Ignacio Walker.

Este libro no tiene parangón con ningún otro en nuestro país. En consecuencia, es un producto único, que nadie cuyo interés sea conocer los cambios intelectuales y político-estratégicos del socialismo europeo y chileno puede dejar de leer.

OSCAR GODOY ARCAJA
Director - Inst. de Ciencia
Política, Univ. Católica de Chile